

Imaginarios sociales de la desconfianza en Chile. Aproximación sociológica desde la xenofilia y la xenofobia.

Dr. Manuel Antonio Baeza R.
Departamento de Sociología y Antropología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Concepción

Resumen.

Esta ponencia forma parte del proyecto de investigación FONDECYT N° 1130738, “Construcción imaginario social de la desconfianza y su relación con la desconfianza en el Chile actual” en su primer año de ejecución. De modo entonces que ella es un avance de la fase de discusión teórica, en donde se analiza la presencia de factores socioculturales en la desconfianza presente en la sociedad chilena de nuestros días. La xenofobia y la xenofilia son presentados como los dos lados de una misma figura propia de un imaginario social dominante que se sumerge en el malestar y en la desconfianza de su propia crisis, es decir la del orden simbólico imperante en Chile durante toda su bicentenario existencia.

Desde fines de la década de los '90, en Chile –como muy bien lo señala el Informe del PNUD de 1997 para Chile- se presenta una paradoja bastante sorprendente para muchos: a pesar de haber contado el país con tasas de crecimiento económico sostenido durante la década en curso, con la excepción del momento de la crisis asiática que sacudió nuestra economía durante el gobierno de Eduardo Frei, levantando de manera visible las expectativas de los chilenos, especialmente en materia de consumo de bienes y ser vicios, de manera reiterada, las encuestas revelaban una desazón bastante difusa en sus contenidos, en otras palabras, la aparición de una subjetividad social negativa que se reflejaba en porcentajes elevados de población con síntomas de desazón social y que intrigaba a los observadores que veían a Chile ya inscrito entre los países desarrollados, o muy cerca de serlo.

El análisis más utilizado desde entonces se dirige a la incapacidad del modelo neoliberal de crear por sí solo mecanismos de redistribución de la riqueza. No vamos a insistir aquí en algo que es más que evidente: la famosa ilusión del “chorreo”, vale decir la idea según la cual un buen cometido macroeconómico ha de permitir, tarde o temprano, el beneficio económico para la gran mayoría de la población; lo fundamental es el crecimiento, sin importar las tendencias a la concentración de la riqueza, el surgimiento y luego el fortalecimiento de monopolios y duopolios, porque al fin y al cabo contribuyen a la generación de esa riqueza. Ciertas fallas producidas en lo que podemos llamar una *noción ampliada de mercado* (es decir incluyendo en él la relación oferta-demanda en la esfera del trabajo, por ejemplo) habría retardado los efectos benéficos del crecimiento a escala de la población, lo cual ha conducido a los sucesivos gobiernos a desplegar políticas sociales compensatorias, algunas de ellas francamente vergonzosas, como la entrega de pequeños bonos anuales que, por cierto, no constituyen una solución al problema de la redistribución del ingreso. Seamos claros: no hay por lo tanto un cuestionamiento alternativista frente al capitalismo, pero sí una demanda de mejor integración a éste. Más calidad de los productos, respeto al cliente, también sueldos más acordes con nuevos patrones de consumo. Sin

embargo, esta respuesta de corte economicista no parece suficiente, puesto que, a pesar de todo, los indicadores en materia de consumo dan cuenta de niveles crecientes, con cargo a un fuerte endeudamiento de las personas.

Otra tentativa de respuesta remite al tema de las nuevas incertidumbres causadas básicamente por la ausencia de control social de la planetarización del capitalismo, o mal llamada “globalización”. Obviamente, al integrar esta última en el análisis, éste cambia de escala y permite instalar toda la gama de factores que autores como Ulrich Beck y el tema de la sociedad de riesgo o como Robert Castel y el tema de la nueva inseguridad social, han desarrollado ampliamente. También está Octavio Ianni y su crítica a la “globalización” y a la ausencia de control social sobre ésta. En una síntesis muy apretada podríamos decir que, en conformidad a todos estos análisis, el capitalismo tardío conlleva el derrumbe de las certezas sociales anteriores reflejadas en un conjunto de instituciones modernas para entrar en lo que sería más bien una era de nuevas incertidumbres. Desde este punto de vista, un par de instituciones sociales en las cuales se apoyaban fuertemente los chilenos, como son el trabajo y el Estado, se veían sometidos a un debilitamiento insospechado por efecto de un conjunto de nuevas reglas del juego: en el primer caso, desregulación del mercado de trabajo, precarización del empleo, subcontratación, etc. En el segundo, un Estado cada vez más pequeño e impotente, sin capacidad de intervención en la satisfacción de las necesidades más apremiantes de las personas, con una tecnocratización creciente de las actividades de gobierno que acepta únicamente el criterio de la gestión administrativa del Estado, en desmedro de la política, etc. Los límites de esta línea de argumentación se encuentran en la invisibilización relativa o total de los componentes propiamente locales de ese malestar. La “globalización” crea condiciones especialmente económicas globales, pero las formas que todo esto toma en cada lugar del planeta pueden efectivamente variar.

Por ende, en la investigación que sustenta esta ponencia hemos intentado descubrir esos factores nacionales que podrían incidir en la formación de una subjetividad negativa en determinadas condiciones sociales, económicas, políticas. Sin tratarse entonces de una mirada opuesta, pero sí complementaria de las anteriores, enunciaremos aquí una de carácter cultural, que antecede a ambas, que pretende encontrar algo así como predisposiciones básicamente chilenas que contribuyen desde la base a la comprensión de dicho malestar. En este sentido, bajo la forma de una tesis central, sostenemos que nuestra cultura republicana se estructuró sobre la base de una tensión propia del mestizaje entre la admiración y el odio de lo foráneo. En otras palabras, nuestra cultura fluctúa entre la xenofilia y la xenofobia, traduciéndose todo aquello en una jerarquización del Otro extranjero. Siguiendo el conocido argumento de Benedict Anderson, proponemos observar el proceso de construcción de un Nosotros nacional, o sea de una comunidad al interior de la cual los sujetos se reconocen como componentes de un Nosotros y para la cual las representaciones, o mejor dicho, los imaginarios sociales que se construyen intersubjetivamente en torno a un Otro que está fuera de la comunidad pueden tener por resultado precisamente, abreviando, la jerarquización de ciertos grupos (Stefoni, 2001). Ahora bien, en esta jerarquización es posible que se constituya un Alter en posición de inferioridad como también puede construirse un Alter en posición de superioridad respecto del Ego. Como exponen Hopenhayn y Bello (2001) la dinámica de inferiorización tiene un doble movimiento, en primer lugar –como se ha dicho- se diferencia al Otro respecto de mí mismo o de Nosotros y en segundo lugar se lo desvaloriza y se lo sitúa jerárquicamente en una posición inferior, siendo, para estos autores, esta dinámica el principal mecanismo para la discriminación. Ahora bien, este mismo proceso de diferenciación y jerarquización

resulta de la sub-valorización de ese Otro cuando se establecen intersubjetivamente atributos negativos al exogrupo en comparación con los atributos propios, positivos, del endogrupo. Por el contrario, ese Nosotros puede también configurarse sobre la base de una jerarquización negativa del Ego-Nosotros reconociendo algo así como una inferioridad con respecto a un Alter que aparece como modelo cultural e incluso como modelo étnico. Se podría retomar y adaptar a escala nacional el planteamiento de R. K. Merton referido a la diferencia conceptual entre grupo de pertenencia y grupo de referencia, vale decir aquél al que se pretende imitar. En ambos casos del proceso de construcción intersubjetiva del Otro no solo tienen importancia las experiencias personales y comunitarias, sino que también adquiere relevancia la estructura de poder existente, la fracción de élite en el poder y el corpus ideológico que ella representa, pues es en su interior que se realiza con mayor visibilidad esa construcción; en síntesis, es en base a esa estructura de poder que los grupos dominantes refuerzan y legitiman su posición al construir a los Otros como subordinados e inferiores (Stefoni, 2001), pero también es en su interior que se materializa una auténtica fascinación por un modelo foráneo determinado.

La jerarquización de los exogrupos, como superiores o inferiores, está influenciada por la existencia de estereotipos en torno a los grupos que no son parte del endogrupo. Los estereotipos sociales corresponderían a imágenes simples y generalizadoras construidas respecto de determinados colectivos. Estas imágenes están basadas en prejuicios y configuran un sistema más o menos coherente que da sentido a la acción, pues entregan la justificación a un trato diferenciado (Sabarots, 2002; Tajfel, 1984, citado en Ramos y Zubietta, s.d.). Existirían tres tipos de estereotipos que dependen de la valoración de los grupos a los que se refieran: positivos, neutros y negativos (Amani, 1994, citado en Ramos y Zubietta, s.d.). Tales estereotipos se construyen en base a un sistema de oposiciones binarias que tiene como referencia al grupo social que los elabora (Giddens, 1991, citado en Bello y Rangel, 2002), lo que encuentra su base de sustentación en el proceso de construcción de un Nosotros por medio de las diferenciaciones que se realizan respecto del Otro ya señaladas. Es así pues que surge la xenofobia, de manera perfectamente estereotípica, vinculándose a su vez con mitos de origen de una nación (Sabarots, 2002), vale decir esos relatos fundacionales que hablan de la emergencia de un colectivo nacional, en tanto que comunidad imaginada de dimensión nacional, en un territorio dado, con un inicio de un tiempo histórico de carácter identitario. Ya en ese relato, de un alto valor simbólico, se encuentran los gérmenes de una diferenciación de tipo xenófoba, con los perdedores de una guerra, por ejemplo, que permitió garantizar la emergencia de un Nosotros nacional vencedor. Obviamente, determinadas relaciones de poder intervienen desde entonces entre vencedores y vencidos y tienden a mantenerse en el tiempo. Cuando esto sucede, una comunidad nacional y otra más pequeña de inmigrantes “tiñen” su relación con este tipo de asimetrías y los imaginarios sociales asociados a esta situación histórica, que están a la base y que justifican valorativamente la estructuración jerárquica de la sociedad, así lo reflejan a menudo. Por ende, el fundamento del prejuicio se encontraría en el interés del grupo dominante por mantener su situación de privilegio (Sabarots, 2002).

Se configura además un factor de importancia en la xenofobia que es la discriminación étnico-racial. La noción bastante vaga de “raza” hace referencia a supuestas distinciones biológicas atribuidas a genotipos y fenotipos, especialmente con relación al color de la piel, mientras que el concepto de etnicidad hace referencia a factores de orden cultural; ambas nociones son difícilmente separables en la práctica, pues se realizan vinculaciones estables entre ciertas “razas” y componentes culturales (Bello y Rangel,

2002; Sabarots, 2002). En la xenofobia, el Otro-extranjero se convierte subjetivamente en una amenaza al *ethos* nacional; esto puede aumentar cuando ese Otro no es blanco en situaciones de países con mayorías blancas y cuando aquél migra hacia áreas geográficas con estas características desde países con una mayor densidad de población indígena, afroamericana o afrocaribeña (Hopenhayn y Bello, 2001). También vinculado con la xenofobia encontramos el factor posición de clase, ya que la discriminación étnico-racial se vincula a los prejuicios en torno a las posiciones de clase y se termina por asociar un determinado origen étnico-racial con determinadas posiciones de clase. Así, en Latinoamérica, se puede observar una percepción positiva, una sobrevaloración de los inmigrantes provenientes de Europa, en tanto portadores de progreso, trabajo, educación, riqueza y otros valores positivos; en contraste con la percepción negativa, subvaloración que se observa de los inmigrantes de los países vecinos, relacionados con conceptos como indígena y pobre (Sabarots, 2002; Baeza, 2008 y 2009).

Finalmente podemos mencionar los factores coyunturales relacionados a xenofobia, estos se refieren a los cambios en el contexto socio-económico e histórico que condicionan el fenómeno de la xenofobia y sus formas de manifestación. Entre ellos son destacables tres tipos de factores: a) la cuestión del mercado del trabajo: un aumento en el flujo de inmigrantes puede recrudecer la xenofobia en los países receptores producto de cambios en la estructura del empleo (Hopenhayn y Bello, 2001). Se extiende la percepción de que los inmigrantes (especialmente referido a aquellos de países vecinos más pobres) distorsionan el mercado laboral ocupando plazas de trabajo a sueldos inferiores (Sabarots, 2002); b) la cuestión de los beneficios sociales: se refiere a que un aumento del flujo migratorio desde países pobres logra presionar las redes de servicios sociales básicos provistos por el Estado (Hopenhayn y Bello, 2001); c) la cuestión de los conflictos entre países (reales o imaginados): en un contexto de conflicto internacional se puede desencadenar un mayor o menor grado de cohesión interna de la población en torno a ideales nacionalistas, lo que podría tener como resultado el aumento de la xenofobia, cuando ese Alter extranjero es incluido en la noción de adversario o de enemigo. Este surgimiento del nacionalismo puede estar o no influenciado desde el Estado, en lo que se ha llamado xenofobia funcional (Hopenhayn y Bello, 2002).

El tratamiento de la xenofilia, por su parte, no puede ser comprendido como una simple oposición de características con respecto a la xenofobia. Ella forma parte de una aspiración relativamente frustrada, también en una forma estereotipada; ella es aquello que “quisiéramos ser”, estereotípicamente hablando, desde diversos puntos de vista. Es todo un estilo de vida, es la cultura, la educación y las formas específicas que tienen las relaciones sociales, es la economía y el nivel de desarrollo material, es la política y los métodos de canalización de los conflictos sociales, pero es también –en muchos casos- la prevalencia de un componente “racial” que es admirado, o sea se trata de todo un conjunto de elementos que producen admiración. La xenofilia, concepto que remite a una palabra proveniente del griego antiguo, conformada por los vocablos *ξένος* (*xénos*, "forastero") y *φιλία* (*filía*, "amor"), marca entonces nuestra cultura dominante. Tal como se aprecia en investigaciones recientes (C. Aguayo, 2011), las naciones consideradas por gran parte de los chilenos como de nivel alto o superiores en la jerarquización corresponderían a países desarrollados, con altos niveles culturales y educacionales. Estas naciones “racialmente” también estarían ubicados en la cúspide puesto que estarían caracterizadas por poseer color de piel clara, mayor altura, ojos de color claro y mayor “belleza” física, todos ellos rasgos considerados por personas entrevistadas como superiores. En específico, las naciones

agrupadas en esta categoría son Estados Unidos y las naciones de Europa específicamente Alemania, España, Italia, Francia, Inglaterra (C. Aguayo, 2011).

¿Cómo se relacionan estos dos conceptos con el tema del malestar y luego con el de la desconfianza? En complemento de las otras argumentaciones señaladas en un comienzo, decimos que el factor sociocultural con tales características, tanto xenófobas como xenófilas, se hace presente en la construcción de imaginarios sociales negativos de nuestro tiempo porque en el nuevo escenario de incertidumbres se tiende a incrementar la polaridad entre el rasgo xenófobo y el rasgo xenófilo. El estereotipo positivo adosado a quien se admira parece alejársenos, mientras que el estereotipo negativo adosado a quien se aborrece parece acercársenos; en dos investigaciones FONDECYT realizadas entre 2006 y 2011 (M. A. Baeza, A. Aravena y B. Castro) a propósito de la violencia simbólica en Chile quedó demostrado que cuando se menciona en nuestro país al inmigrante muchos de los chilenos entrevistados pensaron rápidamente en el peruano, a quien acercaron no menos rápidamente en su descripción tanto física como psicosocial al fenotipo indígena. Ahora bien, quienes así lo representaban mostraron una mayor tendencia a la xenofobia en sus discursos.

Por su parte, al extender la noción de inmigrante hacia una mirada histórica, aunque con varias diferencias según sectores socioeconómicos de la población, afloró en muchos discursos una concepción nostálgica del europeo –no ibérico- que, desde un punto de vista físico incluso, nos acercaba de manera notable al grupo de referencia, al modelo admirado. Los colonos alemanes de la llamada Ley Pérez Rosales en pleno siglo XIX son mencionados a menudo como ejemplo. El contraste parece flagrante para el entrevistado portador de este tipo de discurso: el inmigrante de ayer era disciplinado, trabajador, constituyó un aporte para el desarrollo nacional, mientras que el de hoy es más bien pendenciero, asolapado, no constituye un aporte para el desarrollo nacional. La tensión, la polaridad de la que hablábamos anteriormente, es aquí perfectamente visible.

En resumen, la dupla xenofobia-xenofilia constituyen las dos caras de un mismo imaginario social dominante (Baeza, 2008). En él, el modelo lejano admirado por las élites responsables de dicho imaginario repele al modelo de pertenencia; la frustración consiste en que el espejo de la sociedad en la que se vive no devuelve el rostro que aquéllas quisieran tener y que obviamente pertenece a una sociedad lejana. Por ende, las nuevas incertidumbres asociadas al orden simbólico precedente, a la estructura de ajuste anterior (Baeza, 2000), les retrotraen a la estética que detestan, generando entonces malestar, desconfianza cultural en el curso histórico de nuestras sociedades. Un cierto dejo de decadencia está presente en ciertos discursos retrógrados que proclaman destinos semi-apocalípticos. Por todas estas razones, debemos advertir que cuando hablamos, en definitiva, de factores culturales presentes en los fenómenos de desconfianza y de malestar en Chile, no nos estamos refiriendo al conjunto de la cultura chilena, sino a los componentes centrales de un imaginario social dominante, heterónomico (Castoriadis, 2003), que advierte la crisis de un orden simbólico hasta ayer estable, la crisis de una estructura de ajuste que parecía sostener al país en una comfortable paz social.